

El pueblo desnudo (el rey exiliado)

Alejandro Salvador Espí



Capítulo 1

EL PUEBLO DESNUDO (EL REY EXILIADO)

Se puso de cuclillas, sobre la gran taza del váter para intentar hacer de vientre. Desde que se le había cronificado el estreñimiento, se le había enquistado la alegría, no la que despachaba en público, pues esa, de tan fingida a lo largo de los años, también se le había cronificado en el rictus, tras de unos ojos llenos de párpado que se venían hacia abajo, virtiendo un iris incierto, confiriéndole un aspecto clemente, como de gran santurrón, de Papa plácido.

Dos empleados reales lo tomaban de las axilas reales, aunque ya nada era real. Sólo su dificultad para mantener el equilibrio. Y para cagar. Era irónico. Desde que había perdido el equilibrio y un día dio con sus costillas en el suelo (una nueva caída física del rey, todavía incólume institucionalmente) había ido perdiendo el cuidado en sus actos y al aparato propagandístico de la Corona, cada vez le costaba más justificar ciertos desmanes.

—Anda, anda, dejadme, dejadme. Ya me apaño yo solo.

Le hicieron una reverencia fugaz y salieron envaradamente del baño. El rey emérito basculó entre una nalga y la otra hasta que encontró su encaje. Sin embargo, no calculó bien y se inclinó demasiado hacia delante para hacer fuerza, a resultas de lo cual, acabó dando con la cabeza en el suelo. Desde fuera, sus esbirros escucharon un golpetazo.

—¿Su jamestad está bien?

Era su fiel Tadeo, un hombre dedicado y delicado, de una educación exquisita y que el monarca sacó del orfanato de las Madres Clarisas porque le hizo mucha gracia escucharlo cantar el gordo de la lotería de Navidad de forma tan patética. Dateo, como lo llamaba el emérito con retranca, era disléxico si bien, por lo demás, era un hombre "prerapadísimo", sobre todo para los avatares más prosaicos que atañían al antiguo monarca. Ese punto resignado le hacía soportable las continuas

chanzas del emérito a su costa y siempre que alguien insinuaba que debería ponerlo (educadamente) en su sitio, él les decía que para "tisis" el que le había proveído el rey. Indefectiblemente, luego llegaba, cual salmodia, la frase hecha que, de tanto usar tanto desgastó ("de bien zanido es ser agradecido") y que lo convirtió, a los ojos de sus malvadillos compañeros en el "bienzanido".

Higinio, sin ir más lejos, no le hubiera consentido más allá de su parar adusto y circunspecto ninguna broma de esa clase. El hombre de piedra, el rostro impenetrable, como lo llamaba en la intimidad el antiguo monarca, sin embargo le servía a otros fines más desagradables, pues era su plan de choque ante los moscones alrededor de la mierda, como los refería el gran señor. Si se levantaba con mal pie y se sentía tirano ese día, necesitaba a su dóberman para que ladrara, aventara la sala y la despejara, so pena de ofender a algunas autoridades que se investían de más influencia de la que merecían. "El poder no se ostenta, se detenta y si no, se desteta", solía sermonear el otrora rey.

Al otro lado de la puerta, se escuchó un "mierda" y ambos corrieron al socorro de su majestad. Higinio llamó con los nudillos a la puerta y con tono monocorde preguntó.

—¿Su majestad se encuentra bien?

—Sí, sí, sólo es un coscorrón.

—¿Cenesita algo, jamestad? —Cenesito veinte años menos, Dateo, eso es todo, no te preocupes.

El sonido de la cisterna los tranquilizó y el emérito salió arrastrando los pies y rumiando imprecaciones. Un Real hedor se abrió paso hasta las pituitarias de sus ayudantes que apenas pestañearon.

—Llamad a alguien para que limpie y ordene todo el desbarajuste.

La asistenta entró con decisión y una vez dentro, arrugó la nariz y se dijo

con enorme disgusto, "otra vez se lo ha vuelto a limpiar con el fajín".

El rey solía satirizar, a propósito de la institución, profanando cualquier elemento de imaginería real. Se diría que era un auténtico iconoclasta.

Era así que tenía un orinal en forma de corona con la que solía divertir a sus habituales y no tan habituales: "¿Lo veis? Para cuando quiero cagarme en la corona. Sólo yo puedo hacerlo".

También había encargado a un gran artista modelador, un busto de goma hiperrealista de su nuera, a la que detestaba por repipi y para el que pidió que por debajo de los pechos le pusiera sendas bocinas, de modo que cuando alguien le planteaba algún sesudo cuestionamiento que no acertaba a dilucidar (o no le apetecía), asentía con aire de cachazudo monje benedictino, dando cabezaditas, tal que si fuera a dormirse, y de repente, con ese donaire tan suyo, hacía como que despertaba por ensalmo mientras anunciaba, "mi nuera, la gran Pitonisa, nos dará la solución". Inopinadamente, descubría el busto, que de continuo mantenía oculto en una urna que a su vez cubría con una funda acolchada y, ante la atónita mirada de sus invitados (que no sabían si admirarse más por la exactitud del parecido de la modelo o por lo que le acababan de escuchar decir al reyezote), le tocaba una teta y otra, alternativamente, que resonaban de forma estridente y ridícula provocando ora estupor, ora el regocijo de la plana mayor.

Cuando ello sucedía, él les reconvenía zumbón: "mira que sois facilones".

Sin embargo, a su fiel cronista y director de campaña institucional, Asier Pena, lo disuadió cuando este le aconsejó, en aras de modernizar la institución, de usar un lenguaje más moderno, más acorde con la realidad de los súbditos.

—¿Crees entonces que debería ponerme algún tatuaje? ¿Qué tal un tribal o mejor, un "amor de patria"?

Pena lo miró horrorizado y antes de que pudiera contestar nada su majestad le espetó:

—¿Me compro un chaleco y unos parches para los pantalones, Pena? ¿Qué parte no has entendido de lo que supone una monarcada? Al pueblo le

resultaría poco creíble, ¿o les vas a decir tú a los niños que los reyes son los padres? Al pueblo se le habla en latín si hace falta; cuanto menos se entere y se interese por lo que digo, mejor. Y sobre todo que piensen que soy idiota. Un idiota que sólo sabe leer los discursitos cursis que le hacen. ¿Quién es más tonto, el tonto o el tonto que sigue al tonto?

—El ton...

—¡Es una pregunta retórica, Pena, ay, Pena, penita, Pena, que no te enteras!

Entonces le daría dos cachetadas cariñosas, seguidas de un tirón de orejas de mentirijilla.

—Este Pena, este Pena...

Y dejaría al escribiente y estratega con dos palmos de narices al tiempo que, mientras se alejaba declamaría al estilo decimonónico: "no olvidéis marcar el tono eximio y al son, desenmarcar el contenido; llenad de floripondios la prosa, ¡Pompa, pompa! ¡Porropopooooompa!"

Suspiros de Pena, que enseguida supo que su (gran) estipendio correría inversamente proporcional a la brillantez y la sagacidad con la que escribiera. "No te pago para que pienses, Pena". Desde ese momento, supo que le quedaba mucho que suspirar, de hecho se resignó ante la certidumbre de que le iban a pagar sólo por suspirar. Y como el rey andaba con la mosca tras la oreja, al cabo del tiempo añadió, a modo de advertencia, que si tenía aspiraciones literarias, que o bien le compusiera sonetos a su señora ("a quien, todo sea dicho, tienes muy desatendida", añadió) o bien escribiera bajo pseudónimo, muy pseudónimo ("tú ya me entiendes") lo que le viniera en gana. Y Pena, el orgullo herido, el reflejo de la educación concienzuda de sus padres, que le habían enseñado a pelear por aquello en lo que creyera, siguió el último de los consejos de su ilustre cliente. El problema fue que no pudo desprenderse del tono pomposo y recargado que aquel le hacía utilizar en los comunicados oficiales, por lo que no fue capaz de pergeñar nada de mínimo valor literario, nada que no pareciera la versión de un minué puesto en letras.

—Majestad, la señorita Cóndor requiere audiencia.

Aquella mención, aquella señorita Cóndor sacó al rey de su ensimismamiento estreñado. Más temía, empero, que aquella visita fuera a sacarlo de sus casillas. Quizás por eso, como anticipo del incipiente cabreo, se revolvió de malas pulgas hacia Higinio.

—Por favor, Higinio, nadie habla así ya. Acaba ya esta mascarada. Ya no estamos en Palacio.

—Señor, mis disculpas, permita que me divierta yo también.

—¿Te divierte tocarme los pendones reales, quieres decir?

—No, —dijo esbozando una media sonrisa de Maquiavelín, mientras lanza una mirada de soslayo hacia Tadeo, que no se sabe bien si está ausente o no se quiere dar por enterado—.

—Ya veo... ¿Quieres explicarme cómo coño ha sabido dónde estamos? O sea, me acabo de exiliar y esta me encuentra. ¿Quién me ha delatado? "Os aseguro que uno de vosotros me va a traicionar". ¡Ah, no! Os habéis adelantado. ¿Quién de vosotros ha sido? "Oh, mísero de mí, oh infelice".

Ambos lacayos lo miraron con asombro.

—¿Qué pasa, no os gustan los clásicos? "De todos los bares del mundo y ella tenía que entrar en el mío" ¿Esa tampoco os suena? ¿Ni siquiera os gusta el buen cine? ¡Qué infancia más terrible! ¿Y ahora qué quiere esa intrigante? Coño, Higinio, que esa arpía me pone la cabeza como un bombo...

—Yo creo que dice como un bombo, jamestad...

—¡Yo creo, yo creo! ¡Sabré yo cómo se dice, Dateo! Escucha, Higinio, esa arpía me pone enfermo. Para colmo se ha vuelto una melindrosa. Sólo sabe hablarme de desgracias. Yo necesito alegrías, Higinio, a-le-grí-as. El

valle de lágrimas mejor lo dejamos para los píos, los remilgados... ¡Y los Republicanos!; que yo soy de un natural alegre y jocoso. Estos jacobinos le hielan la sangre a uno y se la vuelven roja de nuevo.

Nada ni nadie pudo contener más a Cóndor, cuya presencia fue prologada por un estrépito de voces en disenso. Las voces se convirtieron en caras y se la pudo ver apartando a los lados a todo el equipo de seguridad para abrirse paso hasta la nueva cámara real.

—Te veo bien, majete, pese al exilio.

Y ensayó una reverencia bufa. El rey puso los ojos en blanco pensó: "otra que tal", pero, en realidad, dijo:

—Pues yo, si no te veo, mejor, Cóndor.

De todos a cuantos tenía cerca, la más temible, de quien más recelaba era de Cóndor. Y aunque no estaba en nómina (al menos no oficialmente) sí lo estaba in nomine patris e filii porque con ambos envidió un trío y era la acreedora de secretos más peligrosa del reino. Su frase favorita: "valgo más por la que callo que por lo que digo", a la que él restaba: "cada vez que hablas, sube el pan". Y ella, con su prodigioso revés: "el pan nuestro de cada día". Entonces él voleaba: "amén". Pero ella se tenía que quedar con la última y le hacía una dejada a la que nunca podría llegar él: "Lo tuyo siempre fue más de, "amen", sin tilde. "Para ti la perra gorda, Cóndor", concedía él finalmente. No era de extrañar, pues, que cada vez que asomaba la testa el emérito se santiguara.

—Su excremencia, el pueblo anda en armas con tu partida. No literalmente, claro —dijo Cóndor—.

—¿Lo ves, Higinio? ¿Te das cuenta de lo que te decía? Insultos e infamia. Y después, desgracias y más desgracias. "El cóndor pasa". —Puso los ojos en blanco y continuación se volvió hacia Cóndor de nuevo— El pueblo va

desnudo, mi pajarillo. Yo al menos le di algo en lo que creer.

—Menos lobos, Caperucito, ya tenían la religión para eso. —Una reata de bobos y supersticiosos siguiendo a un cura. Yo no los he hecho peores.

—Ni mejores.

—He hecho lo que tenía que hacer... y lo que no también, je, je...
Realmente, no es tanto como lo pintan.

—¿Y cómo lo pintan?

—Esa tendencia al tenebrismo, ya sabes, Cóndor. Hay mucho de Goya en ellos. "Dos hombres a garrotazos", ese cuadro resume la esencia. No hay pueblo más coprófago que el nuestro.

—De ahí su excremencia.

—Para aguantar sarcasmos ya me casé, querida.

—¿Dónde está? Nadie ha dicho nada de ella en los medios...

—Leyendo novelas de Corín Tellado, ¿yo qué cojones sé?

—El otro día vi a tu hija.

—¿La convicta?

—No, la otra. La simple.

—No la llames simple, viborilla.

—Oh, simple, simplicia, simplona, ¿qué más da? ¿Te recuerdo los apodos de la maledicencia?

—¿Mejorando lo presente? —Te veo flojo.

—Más bien estreñado, mira tú por dónde.

—Ah, por eso esa jeta... en sentido literal y figurado, entiéndase.

—Por eso y por tenerte delante de mis narices. ¿A qué has venido, Cóndor? Ya te has reído bastante.

—Y lo que me queda, rey demérito, ja, ja... ¿Te gusta esta? En tu favor cabe decir también que las fuerzas conservadoras, esas a las que mimas tan poco, han salido valorando tu papel en tiempos convulsos y tu gran

sentido de estado. Al César lo que es del César.

—Valoran un imponderable, no me valoran a mí.

De todos los polvos que había echado, aquel había sido, con mucho, el más caro y claro, de aquellos polvos vienen estos lodos y no intentes salirte por la tangente, majete, que a mí no me engatusas con tus ardidés de reyecito caprichosito, que yo ya estoy de vuelta cuando tú vas.

El rey se sentó con algo de dificultad en un sillón francés estilo Luis XVI. Sin querer, dejó escapar una ventosidad que chifló perezosa y que de inmediato trató de disimular sin éxito tamborileando en el reposabrazos.

—¿Qué? ¿Andamos sueltos, majestad?

—Ya te he dicho que todo lo contrario.

—Se ve que el olvido es astringente.

—Al contrario, milady —contestó enfatizando el sarcasmo que imprimía al tratamiento—. Es el recuerdo que dejo lo que me perturba. En cuanto a la astringencia me temo que es algo más prosaico —respondió desdeñoso, mirando al tendido—.

—Pues este nuevo chaletito que te has regalado no es muy prosaico que digamos. Por cierto, ¿el del mobiliario no será familia de tu Pena? ¡Qué horror! Sabes que ya no necesitas parecer un regente, ¿no?

—Pedí que me pusieran la "Marcha Real" cada vez que tiro de la cadena, pero no coló.

—Supongo que el himno hubiera embozado la taza del váter.

—Anda, anda, dejémoslo estar, que de tanto decir desatinos lo único que se nos está yendo por la taza del váter es la prosapia con tanto prosaísmo. Al menos la mía...

De repente, dando un paso de ballet que desembocó en un grand jeté, Cándor desapareció de escena mascullando algo sobre ver todo aquel casoplón. Al ex regente casi le da un infarto aquella indiscreción y se le ahogó un Higinio en el cielo del paladar entre flemas y gargajos. De camino, agarró con furia una fusta. Al ver el estado de la cuestión Tadeo

le salió al paso arrebatándole la fusta, en previsión de males mayores.

—No procede, jamestad —le dijo delicadamente—.

—¡Un rey exiliado, estreñado y violentado en su casa!

Desde el fondo de un largo pasillo pudo escuchar a Cóndor exclamar:

—¡No me lo puedo creer! ¡A mí la legión!

—¿¡Qué coño habrá descubierto esta ahora?!

Gotas de sudor perlaban la frente del viejo, al que los pocos mechones crespados del frontal de su depauperada cabellera se le habían erizado a semejanza de unas Furias de baratillo mientras que el cabello ralo pero algo más abundante y homogéneo de la parte de la coronilla se le había apelmazado, formando pequeñas esquiras de pelo sudado y descolorido. Sin darse por vencido todavía, pensó en agarrar una de las espadas de la panoplia y eviscerar a Cóndor. Algo llamó su atención y lo disuadió. Se dio cuenta de que el espejo barroco con molduras doradas del lado tenía una raya apenas perceptible en la superficie que de ninguna manera pasaba por alto a sus ojos. Inesperadamente, un nuevo detalle llamó su atención y por tercera vez olvidó su objetivo. Se miró en el espejo. Se alisó los cabellos tiesos y de golpe, todo el peso de los años y de los acontecimientos, le cayeron encima. Así y todo, siguió espantando todo aquello que lo incomodaba y, recomponiéndose, tiró de las solapas de su batín, se apretó el cinto e impostó una voz gangosa. Seguidamente, hizo una aparatosa genuflexión ante el espejo, soltó una risotada de canallón y, con una voz templada aunque algo afónica dijo para sus adentros: "gilipollas".

—¿Qué es lo que no te puedes creer, pécora?

—¡Tienes un disco suyo! ¡Del rockero ese que te difamó!

—No.

—¿Cómo que no?

—Rapero, no rockero.

—Rapero, rockero, ¿qué más dará? Explícamelo, me tienes en ascuas.

—No hay nada que explicar, Cóndor. Simplemente me hace reír, cuando lo escucho.

—¿Reír?

Cóndor puso los brazos en jarras y levantó una ceja desconcertada.

—Tú estás muy raro.

—¿Si te dieran a elegir entre que te dieran la mitad de lo que pidas o el doble de lo que yo esté dispuesto a dar, ¿con qué te quedarías?

—¿Y eso a qué viene ahora?

—Tú contesta.

—¡Qué pregunta más estúpida! Me quedaría con la mitad de lo que yo pidiera, porque pondría mis condiciones y mis condiciones serían muy elevadas.

—Por eso tú no has nacido para ser súbdita. El problema del pueblo es que prefiere las grandes palabras a ser dueño de sí mismo.

—¿Y tú?

—Yo soy el que da o el que quita. Y no se puede dar sin quitar. Por eso ahora me quito yo de en medio. Diría "jaque mate", pero no sé si es muy apropiado. Mejor dejarlo en que es mi truco más logrado. Un triple mortal sin red. ¡Chachán!

—Y el pueblo, encima, aplaude.

—O vocifera, tanto da.

Entraron en una sala oscura. Cóndor dio al interruptor de la luz y ante sus ojos se perfilaron los contornos de lo que parecía una sala privada de

proyecciones.

—¡No me lo puedo creer!

—¿No sabes decir otra cosa?

Apoyó, cansado, la cabeza sobre el marco de la puerta y suspiró, al tiempo que la observaba correr ligera sobre sus puntas a escrutar hasta el más mínimo detalle de aquel hallazgo.

La vio desaparecer en la cabina de proyección y con paso moroso se llegó hasta la mitad de la sala, que constaba de seis cucas filas de diez asientos cada una. Se sentó a mitad de la fila. Apoyó cruzando los brazos en el cabecero del asiento de delante y sobre estos su cabezón, a sabiendas de que Cóndor iba a proyectar algo. Se horrorizó cuando vio aparecer en pantalla al rey emérito, antes de demeritarse como la moneda falsa, de riguroso traje, el árbol de navidad flanqueándolo a un lado, una foto oficial y la bandera de la patria al otro, sentado con las piernas calculadamente cruzadas y se estiró los escasos mechones de las sienes al escuchar sobre la justicia igual para todos, la necesidad de unión y la persecución implacable de la corrupción. Se fijó en lo cutre de los cambios de plano, coreografiados con parsimonia dinosaurica.

—¿Por qué me haces esto?

Ella puso ambas manos en paralelo, a modo de altavoz para proyectar sus palabras.

—Me encanta la comedia. ¿Te das cuenta del gran humorista que se ha perdido el cine?

—¿De dónde cojones has sacado eso?

—De YouTube, tontolaba, aquí hay un ordenador con internet. Supuse que te gustaría más ver eso que "Charada" o "El rey león".

—Anda, ven, ya me has humillado bastante; quiero enseñarte algo.

Con paso incierto y las manos cruzadas en la espalda, la guió por un laberinto de pasillos hasta que salieron a un inmenso patio interior con varias atracciones de feria. Se echó a un lado y ella pudo contemplar aquel galeón ferial varado en tierra.

—¿Y esto?

—Lo que ves.

—Contigo ya se sabe que las apariencias no son lo que parecen así que dime qué se esconde debajo de esta.

—La isla de la infancia.

—¡Oooooioioi! El antiguo jefe del estado poniéndose melancólico. La infancia en el exilio, el pútrido apátrida y un recinto ferial como símbolo de su triste vida en estructura circular.

—Por una vez, ¿podrías contener tu veneno, dejar vótre finesse exquise a un lado, Cóndor? ¿Sabes que me duele? Venga, subamos a los caballitos, tú y yo, mano a mano, como en los viejos tiempos.

A Cóndor se le ablandó el corazón y una lágrima traicionó su talante calculadamente frío.

—Qué mezquino eres, todo lo arreglas así, ¿verdad? El rey campechano, el rey arrepentido pidiendo perdón, el rey exiliado pidiendo compasión.

El rey sin reino entró en una pequeña caseta, manipuló algunos mandos y el tiovivo comenzó a girar lentamente. Cóndor puso ágil un pie en el estribo y subió. Como si estuviera derrotada se inclinó hasta quedar abrazada a las crines duras del caballo.

—Nunca me doy cuenta de que no se puede subir a las cosas cuando ya están en marcha —suspiró resignado desde dentro de la caseta—.

Súbitamente, llegó hasta ellos con paso rápido y rostro demudado Tadeo, rompiendo el encantamiento.

—¡Jamestad, jamestad!

.....

—No quiero eso.

—¿Quiere que hablemos, señor?

—No.

—Entonces...

—Quiero que me rasques.

—¿Perdone?

—Estás perdonada, pero ráscame.

—No quiere que...

—No, no. Tú sólo rasca. Total, no va a querer... —se mira con pesar hacia el bajo vientre—. Ráscame así, como rascarías a un perrito. ¿No has tenido nunca una mascota? —Ella niega con la cabeza, azorada—. Total, yo he sido muchos años la mascota de muchos —ríe amargamente—. Anda, siéntate y ayúdame a quitarme la camisa. Así. Tranquila, el calzón déjamelos puestos. ¿Nunca habías visto un calzón real?

—Eeehh... —se encoge de hombros—.

—Anda, déjalo, era una tontería mía. No eres tú muy habladora. ¿Tú no sabes quién soy yo?

No nos lo dicen nunca, no nos permiten saber eso, señor.

—Quedidos compaditots. ¿Ahora?

—Ni idea, señor.

—¿No te ha venido una "súbdita" idea de quien puedo ser? —ríe con un estertor de tos; con un gesto pide un kleenex que hay en la mesita y que inmediatamente se lleva a la boca y sobre el que espata una flema; esta chica es un poco lenta, piensa para sus adentros—. Pero tú hablas mi idioma.

—Sé español por mi papá.

Al rey le resulta muy bonito y tierno ese "papá". Le trae recuerdos. Los espanta. Fuerza una sonrisa que le sale conmiserativa.

—Aquí no nos informan sobre la política, señor.

—¿Qué es eso de la política? ¿Y quién dice que yo soy político?

—Perdone, señor, he supuesto...

—Anda, anda, déjalo, déjalo. —¿Le gusta así?

Había empezado rascándole titubeante, sin ritmo y sin apenas fricción, como si temiera magullar aquel cuerpo sagrado aunque abotargado y ajado. Después supo, porque sintió el leve repeluzno de él, que hincó demasiado aquellas uñas rojas, pues le pidieron que nada de manicura francesa, que él prefería el rojo. Ahora le ha cogido el ritmo pero él está cansado de que rasque continuamente en la misma zona sólo que no le agrada ser brusco y de alguna manera, prefiere que los acontecimientos y las personas, caigan de su lado por sí solos, sin forzarlos.

—Oh, sí, claro. Más a la izquierda, más a la izquierda... ese es el secreto, chiquina, siempre un poquito a la izquierda, pero sin pasarse...

—Yo no me meto en esas cosas, en los secretos, quiero decir.

—Pero, ¿qué tontuna te ha dado? Hay secretos que no son secretos y luego secretos, los mejores, que se quedan en alcobas de hoteles caros. ¿Quieres un consejo? Conviértete en una buena acreedora de secretos y a vivir. Oye, que no se me olvide, había pensado que podrías desnudarte y ponerte ese fajín, la banda y aquellas charreteras.

Ella rebaña con la mirada los accesorios, mientras comienza a desvestirse vacilante, como si fuera la primera vez que lo hace. A él siempre le gustó contemplar cómo se desvestían las mujeres. Casi trastabilla al bajarse las bragas. A él le inspira ternura. Coge el fajín y se toma su tiempo para entender cómo ajustárselo. Después, con un movimiento excesivo que a él casi le parece una reverencia, agacha la cabeza hasta pasarla por debajo de la banda azul que queda diagonal, tapándole la mitad de uno de los senos. Ella se acerca con gesto infantil la banda a la altura de sus ojos, con ambas manos.

—Son muy realistas.

—No lo sabes tú cuánto, hija, sobre todo realistas.

—A mí siempre me gustaron los carnavales.

Mientras lo dice, intenta colocarse una charretera en un hombro sin éxito. Le cae. La recoge y vuelve a intentarlo. Tuerce el cuello de forma antinatural para ver cómo ajustársela, a la vez que entrecierra los ojos para concentrarse en su objetivo. Por un momento, sus ojos bizquean intentando enfocar.

—No puedo sujetarlo. ¿Cómo se coge esto?

—Con alfileres.

—Uy, no, que me pincho.

—Así va la cosa, ya te irás enterando. O no, ¿qué más da...?

Se desespera y pone un mohín de impaciencia. Hace ademán de tirar las charreteras que tanto la están fastidiando, pero en el último instante,

repara en quién es ella y con quién está y se contiene. Lo mira con la cabeza gacha, como un niño pillado en falta.

—No, mujer, tíralas, tienes todo el derecho del mundo, son un incordio. Si lo sabré yo...

Ella le da la vuelta a la charretera, la observa y, desconfiada, vuelve a mirarlo.

—¿Habla en serio?

—Yo nunca hablo en serio. En todo caso en serie. Sólo "discurseo". Tú dame algo para leer y yo hago el resto, cielo.

Ella estalla en una risotada hueca y basta, producto de los nervios y a él le disgusta más que por la risa en sí, porque sabe que no ha tenido gracia. Ella se decide y lanza por fin la charretera, que da en la lamparilla de noche. Se lleva una mano a la boca y sofoca un "oh", que al rey de incógnito, le parece, esta vez sí, muy cómico.

—Es usted un tipo... —se da cuenta de que no ha usado el término más adecuado, pero él la tranquiliza despejando con una mano, como quien despacha autoridades a las que no desea conceder audiencia—, una persona... peculiar.

—Me han llamado muchas cosas en esta vida, pero nunca persona.

—¿Eh?

—¿Por qué te parezco peculiar? —se incorpora en la cama, con pulso trémulo en los brazos, hasta reposar una cabeza que no se distingue del cuello; al hacerlo, la carne del vientre le bambolea un poco—.

—Este disfraz, lo de rascarle, un poco todo, no sé...

Él ríe con gana. Un nuevo acceso de tos, pareo su risa estentórea y franca. Ella retoma el rasca-rasca. Quedan en silencio unos instantes. Ella se siente incómoda y vuelve a romperlo.

—¿Tiene usted familia?

—Uuuh, ya lo creo, pequeña, ya lo creo. Y bien numerosa. —Seguro que le quieren...

—Mírame, mírame bien —la toma por la barbilla suavemente—, mira donde estoy, estoy aquí contigo, ¿por qué habrían de quererme?

—Tienes cara de buena gente. Uy, perdone, no debería tutearlo.

—Noooo, está bien, está bien, si supieras lo cansado que estoy de los tratamientos de cortesía... Oye, ¿y tú?, ¿tienes familia?

—Sólo padres. Pero no me quieren, reniegan de mí, dicen que soy indigna, que soy una buscona, una puta. —Bueno, lo eres. Sin ánimo de ofender. Pero has de hacerte respetar, ¿me oyes? —la vuelve a coger paternalmente de la barbilla—. Te contaré una cosa. Uno de esos secretos de alcoba; a mí tampoco me quieren.

—¿Quién? ¿Su familia?

—Sí y mucha otra gente, mucha más de la que te podría repudiar a ti en cien vidas.

Ella deja de hacer. Se hace un ovillo y se sienta junto a él. Con la cadera lo echa un poco a un lado. El emérito siente la suavidad de las formas no obstante firmes y tersas. Siente un escalofrío. Pero bajo de su vientre, todo continúa inerte.

—Yo no creo que usted sea malo. Se le ve una cara de buenazo... seguro que le han pasado cosas que... seguro que ha tenido que... usted, las cosas serias, es que...

—Mira que te gusta la seriedad, muchacha.

—Me refiero a que en su posición...

—Lo importante no es mi posición, sino en la que he dejado a mucha gente. Decúbito prono, ¿sabes qué es eso?

Ella es un cervatillo asustado negando.

—Sí lo sabes, pero no vale la pena darle más vueltas... No me mires como si estuviera chiflado, ¿estamos?

Le pone las manos en los hombros, unos hombros livianos y casi infantiles.

—¿Que usted a qué se dedica...? Si puede saberse... con el debido respeto.

—“Con el debido respeto” —imposta un tono entre burlón y repelente—. No me trates como si fuera porcelana china... ¿quieres saber a qué me dedico, bueno, a qué me dedicaba?

Ella cabecea afirmativamente muy rápido. Parece un limpiaparabrisas en modo tormenta. Él piensa en que es una hormiguita muy monina.

—Yo soy rey. Mejor dicho, “era” rey.

—Ja, ja, ja, qué tonto es usted.

—No lo sabes tú bien, chiquina...

—No, de verdad, ¿a qué se dedica usted?

—¿De verdad, de verdad?

—Sí, sí, claro.

—Yo soy actor.

—¡Guau! Ya lo decía yo, estaba segura de haberlo visto en alguna parte.

—¿Conoces mi papel de gangoso campechano? ¡Se me da de cine, nunca mejor dicho! "Hoda, sedodita, do he vidto dudca udos pechos tad boditos movedse cod esa gdacia y dodaide".

—Ja, ja, ja... qué gracioso es usted.

—Pero lo de los pechos lo digo en serio, pequeña.

—¿El qué?

—No importa, yo ya me entiendo.

Ambos quedaron en silencio, piel con piel, cada uno mirando a un lado de la cama, echados de costado.

—¿Vamos a hacer algo?

—Uuuufff, me he pasado la vida haciendo cosas, monina, cosas aburridísimas, ¿sabes? Además hoy estoy inapetente. Pero para mí esto es mucho.

El emérito pasó los brazos por debajo de la nuca.

—Lo decía porque tengo pis.

—Tiene pis, la chica tiene pis. Pues mea, mujer, no necesitas mi consentimiento para eso, ¿no?

—Nnnno... —ella lo sigue con la mirada, servil, en guardia por si él le está tomando el pelo; de repente, él alza la voz y la detiene—.

—¡Espera!

Ella da un respingo y se queda petrificada. Él se da cuenta de que la ha asustado y con dos toquitos en la cama le indica que vuelva a sentarse.

—Pero no te asustes, boba, que no voy a comerte, que ya no tengo dientes, jo, jo... Mira, se me ha ocurrido... quería pedirte un favor. Oye, no te habrás meado, ¿no?

—No, no —se toca el corazón ella—.

—Quisiera pedirte que mees en el orinal, me daría mucho gusto verte orinando en ella.

Ella mira azorada hacia un lado, con gesto demudado, él mira hacia el otro, apretando la boca, con carita de niño travieso que acaba de poner un petardo a su madre y espera a que explote a su paso. Unos segundos más tarde, cruzan sus miradas y unas risas esdrújulas. En la resaca de las carcajadas, llenas de ays y ufs y todavía enjugándose las lágrimas, ella le planta un beso en la mejilla y masculla un "pobrecito".

El rey jubilado y exiliado todavía mantiene ese encanto infantil que tantas caídas de ojos ha provocado y se felicita íntimamente por ello. La ve ponerse de cuclillas sobre el orinal coronado y no puede pensar que exista mayor felicidad. El gorgoteo de la micción le hace cosquillas en los oídos y aunque esta vez siente algo reavivarse bajo su vientre, refrena sus instintos. Todo es demasiado bonito para romperlo. Y ya se ha cansado de romper cosas.

Escucha en su cabeza el taladreo de los análisis en clave política y nacional, ofrecidos por medios afines (ya se encargó él de monarquizarlos, cambiándole la pana por la raya diplomática a más de uno) a lo largo de los dos días que van desde que decidió fugarse con las joyas de la corona (pero sin esta) hasta que atracó en un exótico y lejano país, donde, oh, mártir, va a autoinfligirse un destierro como el que vivió de pequeño. Nació apátrida y morirá apátrida.

Escucha la encendida diatriba de una habitual del mundo del colorín colorado, a la que se le hinchan las venas del cuello a cada gran revelación que hace, revelaciones que nadie más sabría y que solo ella guardaría en la pantalla de su móvil, mientras sobreimpresionado en grandes letras aparece la palabra "exclusiva" y en una ventanita se repiten en serie, imágenes suyas con menos años, más amantes y los mismos sospechosos habituales en chilaba.

Escucha a sus todavía acólitos refrendar la institución por encima del hombre (siguen sin llamarlo persona) poner en perspectiva sus tropelías

pues no hacen sino humanizarlo (humano, pero no persona), abusar de la palabra "contexto" y "servicio público" al que algún opositor ya se ha lanzado a rebanarle aviesamente la "ele", en el mismo debate en el que se discute todo para no cambiar nada.

Escucha esa nueva izquierda a la que no entiende y de la que ha dejado de ser interlocutor válido, porque él es demasiado viejo y ella demasiado joven y estirada para ser requebrada y seducida. Ve a sus popes de melenas hirsutas, de ideas hirsutas y con sus propuestas hirsutas y se le escapa una risita, a sabiendas de que ha dejado la corona en manos de un hijo preparado y bien preparado, junto al que ha escenificado una honorable ruptura, llena de los floripondios más huecos que ha podido encontrar Pena (qué gran no-trabajo), un ejercicio perfumístico de primer nivel para esconder el olor a mierda que subyace, para que el pueblo, a garrotazos o sin ellos, se lo trague sin olérselo, como esa izquierda remolona que algún día pondrá en contexto también al heredero, mientras este pone mirando a Cuenca a todo un pueblo, que siempre ha caminado desnudo y al que siglos de monarquía no han sido capaces de hacerle ver que todo el oropel que creen vestir se lo acaban llevando los mismos reyes con distintos bozales a los que les regalan la inmunidad primero, que les venden inocuidad por iniquidad después y que siempre siempre siempre acaban quedando impunes.

.....

El emérito no pensó ni por un momento en salir por la portezuela lateral de la caseta a la llamada de su fiel Tadeo; en su lugar incrustó cuanto pudo su cabezón en la ventanilla delantera y con fastidio preguntó:

—¿Qué pasa, qué pasa, Dateo, a qué viene tanto escándalo?

Higinio, que llegó unos segundos después porque no tenía la energía para caminar a grandes trancos que Tadeo, inmediatamente se rió para sus adentros con delectación morbosa pensando que no podía haber usado aquel un término más apropiado.

—Han venido dos agentes de "saipano".

—¿Qué dice este? —interrogó Cándor enjugándose veloz aquella lágrima remolona y traicionera con el dorso de la mano y poniéndose todo lo

derecha que pudo—.

—Dos agentes de paisano. ¿Y? —dirigiéndose de nuevo a Tadeo; no obstante, fue Higinio quien intervino, modulando el tono con toda la frialdad que pudo y paladeando cada instante de aquel enredo—.

—Parece ser que dos altos mandatarios se han quejado efusivamente de que anoche... —hizo una pausa dramática, miró a Cóndor y esperó a que el viejo ex regente le diera la conformidad para continuar—. Pues que anoche les cayó desde la habitación del hotel donde su excelencia estaba...

Cóndor cayó de pronto en la cuenta con más fuerza que si hubiera caído desde aquel caballito de ti vivo e interrumpiendo abruptamente a Higinio, prorrumpió en invectivas hacia el rey de la farándula.

—¡Mira que eres un hijo de la gran puta, y pensar que había bajado la guardia, es lo que haces con todos, ¿verdad?! Esperar hasta que bajan la guardia.

—No seas patética, Cóndor, cuando pierdes esa compostura tuya de cortesana relamida, se te va la gracia. No eres más que una burguesita de Liceo Francés que pretende mostrar una superioridad moral a través de un personaje con ínfulas de alta dama cínica con frases ingeniosas llenas de ponzoña que se diluye en cuanto bajas esa guardia que tan cara vendes. En el fondo eres una sentimental, como todos y peor aun, una cursi. Anda, no seas impertinente y déjame escuchar lo que tiene que decirme Higinio, no sea que se nos mee del gusto.

Incluso Higinio, el rostro impenetrable, de natural frío y distante, sintió un erizamiento que le recorrió toda la espina dorsal, hasta casi hacerle perder el hilo de la cuestión, que pretendía enhebrar para poder disfrutar dándole la puntada final a su superior.

—¿Les cayó...? —interrogó desde la caseta facilitándole el pie a un desconcertado Higinio—.

—Les cayó un orinal en forma de corona con orines.

El rey pareció recuperar diez años de golpe y, saliendo con pasos que parecían los de un esquiador subiendo dirección a una pista negra, dio palmas y gritó:

—¡Por fin, algo de acción!